



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14091

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENINSULA: Un mes, 1'50 pta.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

SABADO 14 DE NOVIEMBRE DE 1908

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondientes en París: Mr. A. Loreta, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jonez, 31, Faubourg-Montmartre.

Por la Maestranza

Cumpliendo lo prometido el señor Ferrándiz á las Comisiones de obreros de los Arsenales, que solicitaron del ministro de Marina algunas conclusiones beneficiosas para tan modesta clase, ayer leyó en el Congreso el siguiente proyecto de ley, que con gran placer transcribimos por encerrar gran interés para la Maestranza.

Dice así:
«Artículo 1.º Todo el personal obrero que el Estado ocupe desde esta fecha en las obras que la Administración ejecuta por sí misma en los Arsenales, será baja en la Maestranza a cumplir los sesenta años de edad, quedando en posesión de un haber anual de retiro que se graduará por la siguiente escala:

Los individuos que hayan servido en la Maestranza veinticinco años, habiendo devengado 2.500 jornales de los clasificados como de primera clase ó sus equivalentes, 270 pesetas.

Los que contando treinta años de servicios tuvieren devengados 3.000 jornales de iguales condiciones, 345.

Los que cuentan treinta y cinco años de servicios y hayan devengados 3.500 jornales de iguales condiciones, 414 pesetas.

Para el cómputo de estos jornales se considerará próximamente de primera clase ó sea como jornal tipo, los mayores asignados y establecidos para cada oficio desde la fecha en que se hayan devengado.

Para los operarios que no disfruten el jornal máximo en su oficio respectivo, se hará el cálculo de los que deban contarse como de primera clase, sumando el importe en pesetas de todos los de distintas cuantías que hayan percibido durante el tiempo de su servicio y hallando el equivalente á aquella suma en jornales máximos ó de primera clase.

Los individuos que habiendo devengado los 3.500 jornales á que se refiere el tercer grado de la anterior escala hayan sido capataces durante dos años por lo menos, disfrutará la pensión de 525 pesetas.

Los días de embarco como individuos de la Maestranza de las dotaciones de los buques se computarán como días de jornal de la clase correspondiente al sueldo que hayan disfrutado embarcados.

Art. 2.º Los que por falta de aptitud física deban ser despedidos antes de cumplir sesenta años y que hayan devengado el mínimum, medio ó máximo de los jornales que fija la escala gradual y servido el número de años respectivos, tendrán derecho á los haberes correspondientes á cada grado de la misma, a igual que los que sean baja por sexagenarios.

Aquellos operarios que con posterioridad á la fecha de esta ley y antes también de cumplir los expresados sesenta años de edad sean dados de baja por cualquier motivo independiente de la incapacidad física, como exceso de personal y supresión de talleres, etc., conservarán el derecho á percibir, cuando cumplan dicha edad, las pensiones que puedan corresponderle con sujeción á la repetida escala gradual y demás requisitos que se determinan en el art. 1.º

Al personal obrero que en la actualidad se halle ya clasificado como inútil para el trabajo en muchos Arsenales y que por no reunir las condiciones establecidas por la presente ley no esté explícitamente comprendido en sus preceptos, se le declara con derecho á la pensión mínima, señalada en la cuota gradual. Los actuales obreros de los Arsenales del Estado que por consecuencia

de la ejecución por contrata de las obras navales, autorizada por la ley de 7 de Enero último, sean baja en aquellos establecimientos y pasen á depender de las Sociedades concesionarias de dichas obras, tendrán también derecho, al cumplir la edad de sesenta, á percibir del Estado la parte proporcional que por los servicios que le hubiese prestado pueda corresponderles dentro de las condiciones de tiempo, jornales devengados y demás consignadas en el artículo anterior y un perjuicio de la pensión de cualquier clase que pudiera serles satisfecha por las instituciones de Beneficencia á que se refiere el capítulo 3.º de las bases generales aprobadas por Real decreto de 21 de Abril próximo pasado si bien en ningún caso la pensión total excederá de la que hubieran percibido si hubiesen continuado al servicio del Estado.

Art. 3.º El Gobierno podrá pedir á las Cortes autorización para contratar con el Instituto Nacional de Previsión la ejecución del servicio á que se refiere esta ley, presentando para ello el oportuno proyecto.

Notas alegres

ACTUALIDADES

Los hijos de

Cartagena la sirena la serrana macarena, la perla de más valía que engarzó la mar bravía entre el oro de la arena del Edén del Mediodía.

como dijo Leopoldo Cano, no pueden quejarse en cuestión de espectáculo pues aquí los tenemos de todas clases y relativamente con más abundancia que en las principales capitales de España y del Extranjero.

El Teatro Circo ofrece todas las noches un variado programa de zarzuelas del género chico, unas conocidas y otras desconocidas, hasta que se ven.

El Teatro Principal presenta en la actualidad una buena compañía de variete, en la que su director el señor Watry es capaz de escamotear hasta el suspiro de una suegra.

Máiquez, el bonito coliseo de la calle de San Vicente que ha permanecido clausurado unos cuantos días, abre de nuevo sus puertas con películas impresionables, las hermanas Ortigas que son unas notables bailarinas y el cuadro de la Jota que dicen también que es una notabilidad.

Los cinematógrafos de los hermanos García y Cánovas y Valero, continúan *acaparando* gran cantidad de perras, muy especialmente «El Brillante» que con la coupletista Aygel ha encontrado un verdadero filón.

En la plaza de toros mañana tarde previo el correspondiente permiso de la autoridad competente y del tiempo, Eduardo Romero, el hombre temerario ejecutará el arriesgado, sorprendente y casi milagroso salto de la muerte ó la flecha humana.

Además para que en el día de mañana haya más variedad, en los colegios electorales se amozará bien se comerá bien y se tomará café bien.

Resulta pues, que mañana hay espectáculos para todos los gustos, para todos los sexos y para todas las edades.

OTEMA

BOLSA DE MADRID

De nuestro servicio particular IMPRESIONES

La Bolsa continúa muy firme y ganando algún terreno, sobre todo la

especulación, pues el Contado no parece muy decidido á secundar los propósitos de aquella.

El Interior fin de mes oscila entre 83,87 y 90, cerrando con dinero á este cambio y sin publicación oficial, como de costumbre. Tanto el Contado en partida como en títulos pequeños no hacen más que sostener los precios de ayer, cotizándose aquella á 83,70 y estos á 85'95 y 86 por 100 Bien dispuestos los dos Amortizables el viejo se publica á 101,95 y 90, sin distinción de series, y el nuevo, de 89,55 á 89,70, según la categoría de los títulos

Aumenta la expectación en el correo del Banco de España por conocer los detalles de la ley que se leerá esta tarde en el Congreso. Las acciones se se publican á 431, con pérdida de 1,50 por 100 respecto al cierre de ayer. Los demás bancos, muy firmes y los Tabacos, á 386,50, zanjando la fracción. Muy firmes los Hornos, á 287,50; flojos los Explosivos, á 333 y pedidas, papel, las Resineras.

Las Azucareras se presentan mejor dispuestas, pero con animación escasa. El convenio entre la Sociedad general y las fábricas libres de Granada no ha producido hasta ahora ningún efecto en el correo. Las Preferentes se tratan á 109 al contado y á 109,50 á fin de mes; las Ordinarias á 41,50 y las Obligaciones, á 101,50.

Los francos, nuevamente en alza, abren á 111,60, suben á 111,75 y cierran á 111,70. Libras, á 28,04 y 28,03. Bilbao. — Crédito Unión Minera, 442,50; Almagreras, 101,50; Collado Lobo, 124; Ferrocarril Santander Bilbao 114,50; Papeleras, 60; Francos, 111,70.

CUENTO DEL SABADO

Ella quería ser princesa

Fama de rica, de buena moza y de hermosa, tenía Mariquita. Por esta razón, rondaron su calle los más distinguidos jóvenes del pueblo. Mariquita era una proporción, y no había que dejarla perder.

Pero la muchacha que había sido ponderada en su belleza más de lo debido, gracias á los aduladores excesos de toda su parentela y de sus muchas

amistades, de muy modesta que era de género en orgullosa, y si alguna vez prodigó una sonrisa, después sus labios permanecieron rígidos, inalterables, adquiriendo su rostro un aire de seriedad, que casi rayaba en los ridículo.

Al principio algunos jóvenes se atrevieron á llegar hasta su reja en demanda de una limosna de amor. La altiva mujercita les abrumó á todos con el peso de amarga decepción.

Era extraño: ¿Qué pretendía Mariquita? ¿Acaso entre aquellos enamorados doncelos no había varios que constituyeran un buen partido? Si los había; algunas mozas amigas de la desahogada niña los hubiesen querido para ella.

Mariquita no. Ella había llegado á una escala mucho más alta; ella era lo principal del pueblo. Gastaba lujosos trajes de seda y artísticos sombreros que su señor papá la regalaba á su regreso de la capital de la provincia, á donde el buen hombre iba con mucha frecuencia para resolver asuntos particulares. Y sobre todo que una joven tan guapa, con tanto dinero... vamos, no podía ni debía casarse con el primer pelantrín que se atravesara á hablarla, ni con el niño gomoso y devergonzado que la echaba media docena de flores al confrontarse con ella en el paseo; ni retenuchísimo menos podía ella entrar en relaciones con el abogadito que á fuerza de fuerzas logró terminar la carrera, encontrándose hoy con un patrimonio muy grande de elocuencia; pero si una moneda en la faltriquera; ni tampoco podía pechar con el hortericilla rampón que padece hoy hambre y mañana ayuna, desgracia lo ser que no cuenta nada más que con una docena de cuellos almidonados y algunos tarros de pringues para embadurnarse el cabello y salir esparciendo buenas olores en los días festivos. ¿Pues y de los cuatro ó seis estudiantes que en el pueblo había? De esos ni una palabra Ninguno tenía porvenir.

La mitad de ellos no terminaría la carrera porque eran más aficionados á la broma que á los libros, y la otra mitad, aunque lograran sus correspondientes títulos, eran tan pobres de mollera que ninguna mujer podía ser feliz con ellos.

Así es que Mariquita miraba olímpicamente aquellas proporciones, y

después de mucho consultar con el espejo y de oír pláticas de comadres y sermones de familia, quedó muy convencida de que ella lo que necesitaba era un hombre de mucha alcurnia, un hombre digno de su singular belleza. Lo que á ella le hacía falta era un príncipe. Su papá se lo dijo sentenciosamente: Como no sea con un príncipe no te casarás con nadie.

Y la muchacha cada día con más orgullo, cada vez más insoportable, altiva, desdeñosa, esperaba la llegada del alto personaje.

La cosa no era imposible. La tradición y la leyenda (según decían personas que tenían motivos para saberlo) daban cuenta de hechos aulógicos. ¿Cuántas veces príncipes y aún reyes atraídos por la fama de una mujer, habían ido á buscarla á sitios muy recónditos!

Desde que por el pueblo corrió la voz susurrando lo que pretendía Mariquita, nadie rondó ya su calle. ¡Demonio, con los humos que se traía la criatura! ¡Cuántos se mordieron los labios llenos de rabia, y cuántos tuvieron que ver disiparse los sueños dorados que se habían forjado en la imaginación, caldeada al fuego que despedían los ojos de aquella mujer que parecía haber nacido para dar desazones! Huyeron los pelandrines; huyó el abogadito largo de lengua pero corto de bolsillo; se aterró el deavergonzado niño gomoso, que juró por su propia salud no echar más flores por la boca; el hortericilla de la esquina sintió un escalofrío que le dejó como galvanizado y se le quifaron las ganas de echarse pringues en el cabello el próximo día de fiesta; y aquella media docena de estudiantillos, la mitad «calaveras» y la otra mitad «imbéciles», buscaron á otra mujer para hacerla objeto de sus galanteos, y haciendo coro á la voz general, exclamaron:

—¡Un príncipe, un príncipe! ¡Mariquita quiere un príncipe!

Y Mariquita se asomaba al balcón luciendo la crugiente seda, mirando siempre hacia el horizonte donde se esfumaba la blanca carretera. Per allí había de venir lo que ella esperaba.

¡Pero qué insensiblemente se pasa el tiempo cuando se acaricia una ilusión! Aquellas horas que la joven empuñaba en interrogar á la tejania figu-

EL AMIGO FRITZ

160

sando un suspiro. Vaa á ver una cosa curiosa Fritz.

Mientras abría sus libros y destornillaba el tintero, Kobus observaba por encima de los tejados de enfrente el panorama que se presentaba á su vista: el inmenso valle azulado las verdes praderas en el fondo antes de ellas las huertas con sus variedades de árboles frutales y los jardines rodeados de empalizadas ó hayas vivas, y en torno de todo esto los pinares sombrios. ¡Le recordaba su hacienda de Melshental!

En este instante se empezó á percibir el murmullo de la gente en el cuarto bajo. Todo el pueblo hombres y mujeres, invadían la posada. Al mismo tiempo entraba Schneegans, trayendo una botella de vino blanco y dos vasos que colocó sobre la mesa.

—¡Suben todos á la vez? preguntó.
—No; uno á uno, y conforme los vaya llamando replicó Haan llenando los vasos. ¡Vamos, Fritz, toma un trago! Me parece que hoy no tendremos necesidad de abrir el saco grande; estoy seguro que se lo habrán gastado en limosna para la iglesia.

Y asomándose á la escalera, gritó:
—¡Frantz Ladé!
Se oyó crujir la escalera, bajo el pesado andar del llamado y mientras subía se sentó el recorda-

EL AMIGO FRITZ

157

do por una hendidura que le partía de la mandíbula inferior y bajaba hasta el pecho, la mirada fija y espantada, y la návis «filada», estaba de pie á la puerta de la primera cheta viendo llegar el coche.

En la casucha de enfrente estaba sentado á la puerta un niño de tres años, sin más traje que una camisa hecha jirones que le caía desde los hombros hasta las pantorrillas. Era muy moreno, con el pelo rubio, y miraba con aire de curiosidad pero con dulzura.

Fritz, observaba este espectáculo singular. La calle fangosa, desordenada rápidamente; las grúas llenas de paja; los tinglados, las veantas desvencijadas, las puertecillas entreabiertas; los tejados rotos. Todo esto en un corto espacio de terreno y destacándose sobre el verde oscuro de los pinares vecinos.

El coche siguió su camino á través de los estercoleros, y no perrillo escuálido salió á ladrar frenéticamente á Fouz. Las gentes se asomaron entonces á las puertas de sus chozas, y viejos, jóvenes y chiquillos saltan con las blusas sucias pantalones de lienzo, el pecho al aire y la camisa hecha jirones.

Cuando habían andado unos cincuenta pasos por el pueblo divisaron la iglesia flúpida blanca, risueña y gallarda en medio de tanta miseria rodeada del cementerio lleno de cruces.